

Aprendizaje  
o El libro de los placeres

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original:

*Uma Aprendizagem ou O Livro dos Prazeres*

En cubierta: ilustración © Mariana Valente,

En página 1: Clarice Lispector © P. y P. Gurgel Valente

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Paulo Gurgel Valente, 1969

© De la traducción, Cristina Sáenz de Tejada y Juan García Cayo

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-10415-88-1

Depósito legal: M-3.047-2025

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Clarice Lispector

APRENDIZAJE  
O EL LIBRO DE LOS PLACERES

Traducción del portugués de  
Cristina Sáenz de Tejada y Juan García Cayo

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

Este libro requirió una libertad tan grande  
que tuve miedo de darla.  
Está por encima de mí.  
Intenté escribirlo humildemente.  
Yo soy más fuerte que yo.

C. L.

# Índice

## APRENDIZAJE O EL LIBRO DE LOS PLACERES

El origen de la primavera o la muerte necesaria en pleno día	13
Luminiscencia	35

«Después de esto miré y he ahí que vi una puerta abierta en el cielo; y la primera vez que oí, como de trompeta, que hablaba conmigo, me dijo: “Sube acá y te mostraré las cosas que han de suceder en adelante”».

Apocalipsis, 4, 1

*Compruebo  
Que la más alta expresión  
del dolor  
Consiste esencialmente  
en la alegría.*

AUGUSTO DOS ANJOS

*Jeanne  
Je ne veux pas mourir! J'ai peur!  
(...)  
Il y a la joie qui est la plus forte!*

Oratorio dramático de Paul Claudel para  
música de Honegger, *Jeanne d'Arc au bûcher*

El origen de la primavera  
o la muerte necesaria en pleno día

, estando tan ocupada, había vuelto de hacer la compra que la sirvienta había hecho de prisa y corriendo porque cada vez trabajaba menos, aunque solo viniese para dejar la comida y la cena listas, había hecho varias llamadas de teléfono haciendo algunos recados, incluso una difícilísima para llamar al fontanero, había ido a la cocina para ordenar las compras y disponer en el frutero las manzanas que eran su fruta favorita, aunque no supiese adornar un frutero, pero Ulises le había hecho entrever la posibilidad futura de por ejemplo adornar un frutero, vio lo que la sirvienta había dejado para cenar antes de irse, pues la comida había sido pésima, mientras se daba cuenta de que la pequeña terraza que era la ventaja de su apartamento al ser de planta baja necesitaba una limpieza, había recibido una llamada de teléfono invitándola a un cóctel de caridad en beneficio de alguna cosa que ella no entendió completamente, pero que se refería a su curso primario, gracias a Dios que estaba de vacaciones, fue al guardarropa a elegir qué vestido se pondría para estar extremadamente atractiva para su cita con Ulises que ya le había dicho que ella no tenía buen gusto para vestirse, recordó que siendo sábado él tendría más tiempo porque ese día no tenía que dar la clase del curso de vacaciones en la universidad, pensó en lo que él se estaba transformando para ella, en lo que él parecía querer que ella supiese, supuso que él quería enseñarle a vivir únicamente sin dolor, él había dicho una vez que quería que ella, cuando le preguntaran su nombre, no respondiera «Lori», sino que pudiese responder «mi nombre es yo», pues tu nombre, había dicho él, es un yo, se preguntó si el vestido blanco y negro serviría,

entonces del vientre mismo, como un remoto estremecerse de la tierra, que difícilmente podía considerarse señal de terremoto, del útero, del corazón contraído, vino el temblor gigantesco de un fuerte dolor conmovido, del cuerpo, todo el estremecimiento –y con sutiles máscaras de rostro y de cuerpo finalmente con la dificultad de un chorro de petróleo rasgando la tierra– vino finalmente el gran llanto seco, llanto mudo sin sonido alguno hasta para ella misma, aquel que ella no había adivinado, aquel que no quisiera jamás y no había previsto –sacudida como el árbol fuerte que se conmueve más profundamente que el árbol frágil– finalmente reventados vasos y venas, entonces,

se sentó para descansar y poco después imaginaba que era una mujer azul porque el crepúsculo más tarde tal vez fuese azul, imaginaba que hilaba con hilos de oro las sensaciones, imaginaba que la infancia era hoy y plateada de juguetes, imaginaba que una vena no se había abierto e imaginaba que de ella no estaba en silencio blanquísimo manando sangre escarlata y que no estaba pálida de muerte; pero eso imaginaba que lo estaba de verdad, en medio del imaginar necesitaba hablar de la verdad de piedra opaca para que contrastase con el imaginar verde resplandeciente, imaginaba que amaba y era amada, imaginaba que estaba acostada en la palma transparente de la mano de Dios, no Lori sino su nombre secreto que ella por ahora no podía aún usufructuar, imaginaba que vivía y no que estaba muriendo, pues vivir no pasaba a fin de cuentas de aproximarse cada vez más a la muerte, imaginaba que

no se quedaba de brazos caídos de perplejidad cuando los hilos de oro que hilaba se confundían y no sabía deshacer el fino hilo frío, imaginaba que era lo bastante sabia como para deshacer los nudos de marinero que le ataban las muñecas, imaginaba que tenía un cesto de perlas solo para mirar el color de la luna pues ella era lunar, imaginaba que cerraba los ojos y seres humanos surgirían cuando abriera los ojos húmedos de gratitud, imaginaba que todo lo que tenía no era imaginar, imaginaba que distendía el pecho y una luz doradísima y leve la guiaba por un bosque de presas mudas y tranquilas mortalidades, imaginaba que no era lunar, imaginaba que no estaba llorando por dentro

pues ahora mansamente, aunque con los ojos secos, el corazón estaba mojado; había salido ahora de la voluntad de vivir. Se acordó de escribir a Ulises contándole lo que había pasado, pero nada había pasado que se pudiera decir en palabras escritas o habladas, era bueno aquel sistema que Ulises había inventado: lo que no supiera o no pudiera decir, lo escribiría y le daría el papel mudamente –pero esta vez no había siquiera qué contar.

Lúcida y calmada ahora, Lori recordó que había leído que los movimientos histéricos de un animal apresado tenían como intención liberarse, por medio de uno de esos movimientos, de la cosa ignorada que le estaba apresando –la ignorancia del movimiento único, exacto y liberador era lo que volvía histérico a un animal: apelaba al descontrol–; durante el sabio descontrol de Lori ella ahora había tenido para sí las ventajas liberadoras que procedían de su vida más primitiva y

animal: había apelado histéricamente a tantos sentimientos contradictorios y violentos que el sentimiento liberador había terminado desprendiéndola de la red, en su ignorancia animal ella no sabía siquiera cómo, estaba cansada del esfuerzo de animal liberado.

Y ahora había llegado el momento de decidir si continuaría o no viendo a Ulises. En súbita rebelión no quiso aprender lo que él pacientemente quería enseñarle y ella misma aprender –se rebelaba sobre todo porque aquella no era para ella época de «meditación» que de pronto parecía una ridiculez: estaba vibrando de puro deseo como le sucedía antes y después de la menstruación. Pero era como si él quisiera que ella aprendiese a andar con sus propias piernas y solo entonces, preparada para la libertad por Ulises, fuese de él–, ¿qué es lo que quería de ella, además de tranquilamente desearla? Al principio Lori se había engañado pensando que Ulises quería transmitirle algunas cosas de las clases de filosofía pero él dijo: «No es filosofía lo que necesitas, si así fuera sería fácil: asistirías a mis clases como oyente y yo conversaría contigo en otros términos»,

puesto que ahora el terremoto serviría a su histeria y ahora que estaba liberada podía incluso postergar para el futuro la decisión de no ver a Ulises: solo que hoy quería verlo y, a pesar de no tolerar el mudo deseo de él, sabía que en realidad era ella quien lo provocaba para intentar acabar con la paciencia con la que él esperaba; con la mensualidad que el padre le mandaba compraba vestidos caros y siempre ajustados, era solo esto lo que sabía hacer para atraerlo y

era ya la hora de vestirse: se miró al espejo y solo era guapa por el hecho de ser una mujer: su cuerpo era delgado y fuerte, uno de los motivos, imaginarios, que hacía que Ulises la quisiera; eligió un vestido de tela pesada, a pesar del calor, casi sin formas, la forma la daría su propio cuerpo pero

arreglarse era un ritual que la ponía seria; la tela ya no era simplemente un tejido, se transformaba en materia de cosa y a esa entretela ella le daba cuerpo con su cuerpo –¿cómo podía un simple género lograr tanto movimiento? su pelo lavado por la mañana y secado al sol en la pequeña terraza parecía de seda castaña antigua– ¿guapa? no, mujer: Lori entonces se pintó cuidadosamente los labios y los ojos, cosa que ella hacía, según una compañera, muy mal, se puso perfume en la frente y en el nacimiento de los senos –la tierra estaba perfumada con olor de mil hojas y flores maceradas: Lori se perfumaba y esa era una de sus imitaciones del mundo, ella que tanto buscaba aprender de la vida– con el perfume, de algún modo intensificaba cualquier cosa que ella fuese y por eso no podía usar perfumes que la contradecían: perfumarse era una sabiduría instintiva, adquirida hacía milenios por mujeres que aprendían aparentemente pasivas, y, como todo arte, exigía que ella tuviera un mínimo de conocimiento de sí misma: usaba un perfume levemente sofocante, agradable como humus, como si la cabeza acostada macerarse humus, cuyo nombre no decía a ninguna de sus compañeras maestras: porque era suyo, era ella, ya que para Lori perfumarse era un acto secreto y casi religioso

—¿Se pondría pendientes? titubeó, pues quería orejas tan solo delicadas y simples, algo modestamente sencillo, titubeó de nuevo: riqueza todavía mayor sería la de esconder con el pelo las orejas de corza y volverlas secretas, pero no resistió; las descubrió echando el pelo detrás de las orejas incongruentes y pálidas: ¿reina egipcia? no, toda adornada como las mujeres bíblicas, y había también algo en sus ojos pintados que decía con melancolía: descíframe, mi amor, o me veré obligada a devorar, y

ahora lista, vestida, lo más guapa que podía llegar a serlo, volvía nuevamente la duda de ir o no al encuentro de Ulises —lista, con los brazos caídos, pensativa, ¿iría o no al encuentro? con Ulises se comportaba como una virgen que ya no era, aunque tuviese la certeza de que también él adivinaba eso, aquel sabio extraño que, sin embargo, no parecía adivinar que ella quería amor.

Una vez más, en sus titubeos confusos, lo que la tranquilizó fue lo que tantas veces le servía de sereno apoyo: que todo lo que existía, existía con una precisión absoluta y en el fondo lo que ella terminase por hacer o no hacer no escaparía a esa precisión, aquello que fuese del tamaño de la cabeza de un alfiler, no sobrepasaría ni una fracción de milímetro más allá del tamaño de una cabeza de alfiler: todo lo que existía era de una gran perfección. Solo que la mayor parte de lo que existía con tal perfección era, técnicamente, invisible: la verdad, clara y exacta en sí misma, ya llegaba vaga y casi insensible a la mujer.

Bueno, suspiró, si llegaba clara, por lo menos sabía que había un sentido secreto en las cosas de la vida. De

tal modo lo sabía que, a veces, aunque confusa, terminaba presintiendo la perfección,

de nuevo esos pensamientos, que de algún modo usaba como recordatorio (de que, gracias a la perfección que existía, ella terminaría acertando) –una vez más el recordatorio actuó en ella y con sus ojos más oscuros ahora por el pensamiento perturbado, decidió que vería a Ulises por lo menos esta vez–.

Y no era porque él la esperaba, pues muchas veces Lori, contando con la ya insultante paciencia de Ulises, faltaba sin avisar: pero ante la idea de que la paciencia de Ulises se agotara, la mano le subió a la garganta intentando detener una angustia parecida a la que sentía cuando se preguntaba «¿quién soy yo?, ¿quién es Ulises? ¿quiénes son las personas?». Era como si Ulises tuviera una respuesta para todo eso y decidiese no darla –y ahora la angustia llegaba porque nuevamente descubría que necesitaba a Ulises, cosa que la desesperaba–, quería poder seguir viéndolo, pero sin necesitar tan violentamente de él. Si fuera una persona enteramente sola, como lo fuera antes, sabría cómo sentir y actuar dentro de un sistema. Pero con Ulises entrando cada vez más plenamente en su vida, ella, al sentirse protegida por él, había llegado a tener miedo de perder la protección,

aunque ella misma no supiera con certeza qué significaba «ser protegida»: ¿tendría, por casualidad, el deseo infantil de tener todo pero sin la ansiedad de tener que dar algo a cambio? ¿Protección sería presencia? Si fuese protegida por Ulises todavía más de lo que lo era, ambicionaría pronto lo máximo: ser protegida hasta el punto

de no temer ser libre: pues de sus huidas de libertad tendría siempre de dónde volver.

Después de haberse visto un instante de cuerpo entero en el espejo, pensó que la protección también sería no ser más solo un cuerpo: ser tan solo un cuerpo le daba, como ahora, la impresión de que había sido cortada de sí misma. Tener un cuerpo único circundado por el aislamiento hacía tan delimitado a ese cuerpo, sintió, que entonces se amedrentaba de ser una sola, ávidamente se miró de cerca en el espejo y se dijo deslumbrada: qué misteriosa soy, soy tan delicada y fuerte, y la curva de los labios conservó la inocencia.

Le pareció entonces, meditativa, que no había hombre o mujer que por casualidad no se hubiese mirado al espejo y no se sorprendiera consigo mismo. Durante una fracción de segundo la persona se veía como un objeto para ser mirado, lo que podrían llamar narcisismo pero que, ya influida por Ulises, ella llamaría: gusto de ser. Encontrar en la figura exterior los ecos de la figura interna: ah, entonces es verdad que yo no imaginé: existo.

Y por el mismo hecho de haberse visto en el espejo, sintió cómo su condición era pequeña porque un cuerpo es menor que el pensamiento –al punto de que sería inútil tener más libertad: su condición pequeña no la dejaría hacer uso de la libertad. Mientras que la condición del Universo era tan grande que no se llamaba condición. La condición humana de Ulises era mayor que la de ella que, sin embargo, era rica en lo cotidiano. Pero su desacuerdo con el mundo llegaba a ser cómico de tan grande: no había conseguido ir acompañada con

las cosas de su alrededor. Ya había intentado ponerse a la par con el mundo y se había vuelto tan solo divertido: una de las piernas siempre demasiado corta. (La paradoja es que debería aceptar de buen grado esa condición de manca, porque también eso formaba parte de su condición). (Solo cuando quería caminar de acuerdo con el mundo es cuando se despedazaba y se espantaba). Y de repente sonrió para sí con una sonrisa amarga, pero que no era mala porque también era de su condición (Lori se cansaba mucho porque no dejaba de ser).

Le pareció que Ulises, si ella tuviera el coraje de contarle lo que sentía, y jamás lo haría, si le contase él respondería más o menos así y con calma: la condición no se cura pero el miedo a la condición es curable. Él diría eso o cualquier otra cosa –la irritó porque cada vez que se le ocurría un pensamiento más agudo o más sensato que este, ella suponía que Ulises era quien lo hubiera tenido,

ella, que reconocía con gratitud la superioridad general de los hombres que tenían olor de hombres y no de perfume, y reconocía con irritación que en realidad esos pensamientos que llamaba agudos o sensatos ya eran el resultado de su convivencia más estrecha con Ulises. Y hasta el hecho de que fueran ahora más espaciados sus «sufrimientos», cosa que le debía a Ulises ¿«sufrimientos»? ¿ser era un dolor? ¿Y solo cuando ser ya no fuese un dolor Ulises la consideraría preparada para dormir con él? No, no voy a la cita, pensó entonces para desprenderse de él. Pero esta vez no quiso que él estuviera esperándola en el bar: para ofenderlo quiso

decirle que no iba, a él que estaba acostumbrado a verla faltar sin avisar siquiera. Esa vez le diría que no iba, lo que era una ofensa más efectiva.